

GARCÍA LORCA

Poema del Cante Jondo La guitarra puede servir de compendio de este gran libro: el llanto, el sentimiento de lo inalcanzable (*llora por cosas lejanas*), la frustración (*flecha sin blanco*), etc., son sus temas. Lorca emplea aquí una forma característica de la poesía popular: la versificación irregular asonantada.

Empieza el llanto
de la guitarra.
Se rompen las copas
de la madrugada.
Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil
callarla.
Es imposible
callarla.

Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada.
Es imposible
callarla.
Llora por cosas
lejanas.

Arena del Sur caliente
que pide camelias blancas.
Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,
y el primer pájaro muerto
sobre la rama.
¡Oh, guitarra!
Corazón malherido
por cinco espadas.

Romancero gitano: El *Romance de la pena negra* es no sólo el texto más “claro”, sino también la pieza clave del libro y el mismo Lorca lo consideraba “*lo más representativo del mismo*”.

Soledad Montoya representa, en efecto, el ansia vehemente de realización personal (“*vengo a buscar lo que busco, mi alegría y mi persona*”). Con ella dialoga un personaje que representa la voz de la moderación, de los límites impuestos por la realidad. Aquí late, pues, la tragedia de la pasión desbordada y condenada a la insatisfacción.

La descripción inicial es espléndida. En todo el romance se mezclan metáforas audaces con expresiones directas, como es característico en Lorca.

Romance de la pena negra

Las piquetas de los gallos¹
cavan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo, su carne,
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados sus pechos,
gimen canciones redondas².
Soledad, ¿por quién preguntas
sin compañía y a estas horas?
Pregunte por quien pregunte,
dime: ¿a ti qué se te importa?
Vengo a buscar lo que busco,
mi alegría y mi persona.
Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca,
al fin encuentra la mar
y se lo tragan las olas.
No me recuerdes el mar,
que la pena negra brota
en las tierras de aceituna
bajo el rumor de las hojas.
¡Soledad, qué pena tienes!
¡Qué pena tan lastimosa!

Lloras zumo de limón
agrio de espera y de boca.
¡Qué pena tan grande! Corro
mi casa como una loca,
mis dos trenzas por el suelo,
de la cocina a la alcoba.
¡Qué pena! Me estoy poniendo
de azabache, carne y ropa.
¡Ay mis camisas de hilo!
¡Ay mis muslos de amapola!
Soledad: lava tu cuerpo
con agua de las alondras³,
y deja tu corazón
en paz, Soledad Montoya.
Por abajo canta el río:
Volante⁴ de cielo y hojas.
Con flores de calabaza,
la nueva luz se corona.
¡Oh pena de los gitanos!
Pena limpia y siempre sola.
¡Oh pena de cauce oculto
y madrugada remota!

(1) Metáfora del tipo «I de R»: los cantos de los gallos (R, término real) son como *piqueta* (I, término imaginario) que *cavan* en la oscuridad como para sacar el sol. (2) *canciones redondas*: se trata de un «desplazamiento calificativo»: el adjetivo —que convenía a los pechos de la gitana— se aplica a su canción. (3) *agua de las alondras*: alondras pueden ser símbolo de pureza, de despreocupación. (4) *volante*: el río remata la falda de la montaña como un volante remata una falda andaluza; en el río se reflejan el cielo y los árboles.

Reverta es uno de esos cuadros dramáticos que abundan en el libro. La fuerza creadora del autor y la originalidad de su técnica pueden ser analizadas a través de las abundantes imágenes que aparecen en este romance.

Reverta

En la mitad del barranco
las navajas de Albacete,
bellas de sangre contraria,
relucen como los peces.
Una dura luz de naipe
recorta en el agrio verde¹
caballos enfurecidos
y perfiles de jinetes.
En la copa de un olivo
lloran dos viejas mujeres².
El toro de la reverta
se sube por las paredes³.
Ángeles negros traían
pañuelos y agua de nieve.
Ángeles con grandes alas
de navajas de Albacete⁴.
Juan Antonio el de Montilla
rueda muerto la pendiente,
su cuerpo lleno de lirios
y una granada⁵ en las sienas.

Ahora monta cruz de fuego,
carretera de la muerte.
El juez, con guardia civil,
por los olivares viene.
Sangre resbalada gime
muda canción de serpiente.
Señores guardias civiles:
aquí pasó lo de siempre.
Han muerto cuatro romanos
y cinco cartagineses⁶.
La tarde loca de higueras
y de rumores calientes
cae desmayada en los muslos
heridos de los jinetes.
Y ángeles negros volaban
por el aire del poniente.
Ángeles de largas trenzas
y corazones de aceite.

(1) Como se destacan los naipes en el tapete verde de la mesa de juego. (2) Se dirían dos plañideras situadas en lugar eminente de un cuadro *naif*. (3) Otra metáfora «I de R»: la *reverta* es feroz como un *toro*. Sigue un ingenioso juego: la expresión «subirse por las paredes» significa, en el habla familiar, «enfurecerse». Los dos versos indican, pues, que la pelea alcanza su máxima furia. (4) Esos ángeles constituyen una originalísima imagen de la muerte. (5) *Lirios* (morados) y *granadas* son imagen embellecida de la muerte. (6) *Romanos* y *cartagineses* designan figuradamente a los dos bandos contendientes

Romance de la luna, luna

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye, luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye, luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises

mi blancor almidonado
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene sus ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
¡Cómo canta la zumaya,
ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

Poeta en Nueva York : Ejemplo del lenguaje surrealista en Lorca, es el poema *La aurora*.

Más allá de su «dificultad», sus imágenes presentan una indudable coherencia: entre todas componen una visión de pesadilla, un cuadro terrible, dominado por la suciedad, la violencia, la injusticia, la infelicidad, la deshumanización, la «ausencia de espíritu» que el poeta veía en aquel mundo. El esqueleto de la composición (*La aurora tiene..., gime..., llega y nadie la recibe...; la luz es sepultada...*) nos dice que nos hallamos ante el fracaso de la «luz», con lo que ésta tiene de símbolo, a la vez que de realidad. Hay en el poema, sin embargo, versos clarísimos, contundentes (*allí no hay ni mañana ni esperanza posible*). Y una inusitada violencia, una irreprimible protesta, se perciben por debajo de las expresiones tan insólitas.

En suma, el poema está lejos del absoluto hermetismo del surrealismo «ortodoxo».

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas¹.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada².

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.

A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños³.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto⁴.

La luz es sepultada por cadenas⁵ y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

(1) *cieno, huracán, negras* (palomas), *podridas* son los impactos básicos de la estrofa: suciedad, violencia, etc. (2) Hay que recordar que Lorca definió a Nueva York como «geometría y angustia». (3) En dos versos escalofriantes. Lorca opone el poder del dinero a lo humano en su aspecto más tierno (*niños*). (4) Obsérvese la construcción bimembre y paralela del verso, *...sin.../ ...sin...;* es una doble imagen de la deshumanización y de la alienación del fruto del trabajo. (5) *cadena*s. En otro poema del mismo libro (*Grito hacia Roma*), dice Lorca que, en ese mundo, «no hay más que un millón de herreros / forjando cadenas para los niños que han de nacer».

Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. De esta genial elegía, que consta de cuatro partes (*La cogida y la muerte ; La sangre derramada ; Cuerpo presente ; Alma ausente*) se reproduce tan sólo la cuarta y última parte.

El dolor, violento en las partes precedentes, parece remansarse aquí. El estilo nos ofrece nuevas muestras del surrealismo lorquiano, junto a la claridad de muchos de los versos, especialmente de los finales.

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozás.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.